

En diálogo con el Prof. Juan José García-Noblejas

Entrevista realizada por Diego Contreras
Pontificia Università della Santa Croce

Los estudiantes de periodismo de mi promoción no cursamos la materia del profesor Juan José García-Noblejas. Nos dijeron que estaba «viajando por el mundo». Así que la dirección de estudios de la entonces Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra suplió ese déficit añadiendo otra materia en su lugar (con la característica, si no recuerdo mal, de que título y contenido no coincidían). Para nosotros, por tanto, García-Noblejas fue un profesor al que nunca llegamos a tratar de cerca.

Por otros colegas que se quedaron en la Facultad para seguir un recorrido profesional académico, y por las noticias que siempre llegan del *alma mater*, sabemos que Juan José, con el apoyo del entonces decano Manuel Casado, imprimió un cambio hacia las humanidades a la orientación predominantemente «juridicista» que prevalecía en la Facultad por razones «biográficas» del cuadro docente. Juan José era uno de los primeros profesores de la Facultad que se había formado en ella y que comenzaba a crear un escuela nueva, primero en conversaciones con colegas y ayudantes y luego, de modo más formal, cuando se consolidó el Departamento de Cultura y Comunicación Audiovisual.

Muchos años después, tuve la fortuna de que Juan José comenzara a colaborar con la incipiente Facultad de Comunicación de la Universidad de la Santa Cruz, en Roma, donde yo me encontraba. En los años que siguieron, pude compartir con él muchas horas de conversación, con frecuencia delante de un *capuccino* o de una *pizza*, según las horas. Es bien sabido que el profesor Juan José García-Noblejas es un gran conversador. Sabe ofrecer generosamente ideas y orientaciones de modo informal. A veces se trata de nuevas perspectivas que ayudan a orientar un trabajo en sus comienzos o a salir de atolladeros duraderos.

La conversación que sigue pretende acercar un poco su figura a cuantos, como nos ocurrió a nosotros, no han tenido la oportunidad de conocerle. Una de las ventajas de la entrevista, como género periodístico, es que permite presentar las cosas de modo ameno, informal y sin pretensión de exhaustividad. He dejado voluntariamente algunas cuestiones más directamente académicas al margen del diálogo: aparte de sus publicaciones, es fácil seguir sus intervenciones en la red, donde tiene una presencia activa desde 2003 (www.scriptor.org).

Imagino que quien conozca al profesor García-Noblejas notará muchas lagunas y no dejará de reprocharme las preguntas que no hice. Asumo mi culpa y pido perdón de antemano.

D.C. *Tal vez pocos saben que dejaste la Física Teórica para dedicarte a la Comunicación. ¿Cómo se produjo ese cambio tan drástico?*

J.J.G.N. Yo llevaba en Francia casi tres años estudiando Física Matemática en Grenoble. Estamos en el año 1964. Un día vino el director del Centre National de la Recherche Scientifique, el equivalente francés al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Nos dio una conferencia y luego preguntó si alguien quería seguir charlando en la cafetería. Nos quedamos una docena. En un momento de la conversación usó una metáfora: el mundo científico de nuestros días, y también del futuro, es lo más parecido que existe a una gran mina donde hay muchas galerías. La gente investiga en su especialidad y encuentra cosas que le parecen maravillosas. Toman esas cosas y las llevan a la sala común, un amplio espacio donde coinciden todas las galerías. Allí enseñan su descubrimiento a los demás, pero entonces se produce la decepción: aquella gente no lo entiende, no ve dónde está la importancia. Y lo mismo les pasa a los demás. Y añadió: el grave problema que tiene el saber científico es la comunicación, porque hay grandes expertos en grandes cuestiones que no son capaces de comunicar el sentido, los horizontes que abre lo que han descubierto. No se trata de divulgar sino de explicar el sentido de su saber. Por lo tanto, decía, el gran horizonte es el horizonte de la comunicación, y esto se puede ampliar al ámbito de las humanidades, que acabarán copiando los sistemas que tenemos los científicos —cuantificaciones, etc.—, porque son más fáciles de manejar.

D.C. *Aquella metáfora, evidentemente, te convenció.*

J.J.G.N. Sí, pero hay que precisar que estaba bien dispuesto. Por ejemplo, yo era miembro del cineclub de la Universidad. Grenoble es la primera universidad europea que ha tenido una cátedra de cine, concretamente de Historia del Cine. Como nuestro club de cine dependía de esa cátedra, se invitaba a gente como Jean-Luc Godard y otros. Así conocí a los de la *Nouvelle Vague*. Me gustaban el cine, la literatura, los periódicos... de modo que me planteé dejar los saberes científicos y volverme a los saberes humanísticos. El grave problema es que no había paso real entre las ciencias y las letras en Francia. Había una posibilidad, que era estudiar Psicología, porque tenía cosas científicas y humanísticas. Empecé a estudiar Psicología, pero no me gustaba especialmente. Además, en aquella época y en aquella escuela, si no eras freudiano (o te hacías pasar por tal, cosa a la que tampoco estaba dispuesto) no tenías salida. Así que decidí irme a Pamplona para estudiar lo que me gustaba, con la idea de volver a Francia, cosa que después nunca hice.

D.C. *En Pamplona, añado yo, fuiste el número uno de la promoción y sacaste premio extraordinario.*

J.J.G.N. Se ve que había tenido un buen entrenamiento con la Física Matemática y con la vida en Francia. Estudié en una promoción muy numerosa, estábamos ciento diez o ciento veinte. Recuerdo que el tribunal que venía de Madrid, del Ministerio de Información, para examinarnos, suspendió a muchos, hasta el punto de que Luis Foix, que era el delegado, y yo, que era el subdelegado, nos negamos a hacer un discurso de fin de carrera ante los que vinieron a examinarnos. Fue un acto de protesta y solidaridad. Lo curioso es que uno de los miembros del tribunal, Victoriano Fernández Asís, me invitó a empezar una escuela de cine en Madrid, distinta de la Escuela Oficial de Cine que ya existía. Yo le dije que sí, incluso le redacté un plan de estudios.

D.C. *Estamos en 1967. Te trasladaste, por tanto, a Madrid.*

J.J.G.N. Sí, pero cuando llegué, Fernández Asís me dijo que había hablado con el ministro y que, cuando le mencionó mi nombre y que venía de Pamplona, le prohibió que yo participara en el proyecto. Así que debo esto a Manuel Fraga Iribarne.

Entonces me puse a trabajar con Javier Ayesta en la Oficina de Información del Opus Dei en Madrid. El primer trabajo que hice fue el guión de un documental de 35 mm sobre la Universidad de Navarra y la reunión de la Asamblea de Amigos del año 1967. Hice también de ayudante de dirección de Antxón Mercero, que dirigió el documental.

Recuerdo que, al ver el texto de la homilía que san Josemaría Escrivá de Balaguer iba a pronunciar durante la misa para la Asamblea de Amigos (que se publicaría luego con el título «Amar al mundo apasionadamente»), nos impresionó tanto que propusimos filmarla completa. El problema fue que san Josemaría se opuso, argumentando que no quería protagonismos. De hecho, filmamos sólo una frase, pero al menos grabamos todo el sonido.

A raíz de esa experiencia surgió la idea de ver el modo de filmar algunos encuentros de san Josemaría con la gente. Con el precedente negativo de la homilía, Javier Ayesta y Rafael Caamaño lo hablaron con Álvaro del Portillo. Y fue el propio Del Portillo quien se lo planteó a san Josemaría. Usó dos argumentos que venían a decir más o menos lo siguiente: si no se filman imágenes del fundador del Opus Dei, los que vengan detrás y no le hayan conocido pensarán que o bien no valorábamos lo que nos decía o bien éramos tontos, pues los medios para filmar estaban al alcance de la mano... La intervención fue eficaz y san Josemaría dejó hacer. La idea de que yo me podía encargar de esas filmaciones fue calando y esto fue lo que me hizo volver a Pamplona para estudiar y enseñar ese tipo de cosas. Así que, durante unos años, me pasaba media semana en Madrid y media en Pamplona.

D.C. *La ocasión de filmar se presentó en 1972, cuando san Josemaría viajó a varias ciudades de la Península Ibérica.*

San Josemaría pasó concretamente dos meses en España y Portugal, manteniendo muchos encuentros de catequesis con todo tipo de personas. Al princi-

pio, nuestra idea era hacer un documental global, de una hora u hora y media de duración, tomando fragmentos de aquí y de allá. Pero justo en las primeras grabaciones, por indicación de don Álvaro, que volvió a acertar, cambiamos de estrategia: decidimos grabarlo todo. Ahora parece normal, pero entonces eso suponía un esfuerzo suplementario desde muchos puntos de vista: por ejemplo, las cámaras que usábamos, Arriflex BL de 16 mm, se recargaban con chasis de película de sólo diez minutos de duración cada uno. Era una película reversible de alta sensibilidad que Kodak había inventado para los reporteros de la Guerra de Vietnam. Agotamos las existencias de España y tuvimos que acudir a otros países. Para el revelado íbamos a Londres, donde un laboratorio tenía mucha experiencia con ese tipo de películas. Además, hubo que idear un sistema de sincronización de varias cámaras con un mismo sonido. Si no recuerdo mal, el resultado editado de las filmaciones fueron unas ciento veinte horas de documentos audiovisuales. Es un material que ahora se está digitalizando.

D.C. *Después de esa experiencia, te incorporas plenamente a la Facultad.*

J.J.G.N. De algún modo ya lo estaba, con algunas ausencias para filmar y editar esos encuentros del Gran Canciller de la Universidad con gentes de todo tipo. Pero hubo un episodio que marcaría definitivamente lo que sería el resto de mi vida. En una ocasión, durante uno de los encuentros personales e informales, casi cotidianos, que mantuve con él en aquellos meses de 1972, san Josemaría me dijo, así como de pasada y en sustancia: «Oye, ¿por qué no te dedicas a investigar sobre temas de comunicación?». Hoy pienso que, en muy buena parte, mi dedicación al mundo académico de la comunicación tiene que ver con lo hablado en aquella conversación. Entonces no existía todavía en España la posibilidad de hacer tesis doctorales en Comunicación. Pero el asunto es que me puse a estudiar muy en serio los tres tomos de la retórica de Lausberg. Pensé que, en todo caso, aunque era algo esforzado y no figuraba en los planes de estudio de entonces, sería bueno conocerla bien.

Cuando, algún tiempo después, me planteé hacer la tesis, el que dirigía tesis doctorales en la Facultad de Navarra era Alfonso Nieto. En realidad, estábamos tan sólo tres o cuatro doctorandos: Ángel Faus, que fue el primero que leyó, Paco Iglesias y alguno más. Alfonso Nieto y José María Desantes nos cuidaban mucho. Pero, como se ve, estaban en el ámbito jurídico y de la empresa, que no necesariamente cubría de modo adecuado todos los horizontes de las cuestiones, y desde luego quedaba lejos de las cuestiones de retórica clásica y contemporánea que bien conocía, y del auge entre colegas europeos de los estudios de semiótica. Un día, Luka Brajnovic trajo a la Facultad a Gianfranco Bettetini y me lo presentó en el Faustino, que era el sitio adecuado para hablar de cosas académicas entre amigos. Yo sabía que Gianfranco se dedicaba a hacer cine experimental en la RAI y a estudiarlo desde el punto de vista de la semiótica: había leído algo de él, aunque no había entendido muy bien sus autores de referencia. Quedamos de acuerdo en que me asesoraría en mi investigación. Aunque el director de la tesis tenía que ser —desde el punto de vista legal— Alfonso Nieto, de hecho lo fue Gianfranco.

Nos veíamos en Pamplona, Milán —donde él era catedrático— o en París, donde siempre buscábamos un congreso como excusa para despachar asuntos.

De la mano de la retórica y de la mano de uno de los semióticos franceses, Roland Barthes, que no es un ejemplo para todo, pero en algunas cosas es interesante, descubrí la revista *Communication*, editada por Éditions du Seuil, que a su vez editaba desde hacía poco una revista llamada *Poétique*. Esa revista trataba de narrativa y de drama; en sus artículos —firmados por Todorov, Greimas, Kristeva y algunos más— se citaban con frecuencia a autores griegos... Me interesó muchísimo. Me puse a estudiar la *Poética* de Aristóteles.

D.C. *Un libro que te acompañaría desde entonces...*

J.J.G.N. Y que me ayudó a saltar la barrera del estructuralismo, una empresa que también Gianfranco estaba empeñado en realizar, pero desde la misma semiótica. Ahí nuestros caminos se distanciaron un poco en su planteamiento. Es curioso observar cómo cuentan mucho los antecedentes académicos: los suyos eran de Ingeniería, los míos eran de Física Matemática.

La verdad es que me había metido en un dique seco, bloqueado con la lectura de los estructuralistas, que en parte eran nominalistas. Conocí personalmente y llegué a ser amigo de algunos de ellos, como Christian Metz, una buena persona, inteligente y trabajador, pero un poco peculiar. Murió trágicamente. Le escribí varias veces y me respondía con cartas escritas con tinta verde. Lo entendí cuando nos vimos por primera vez: iba vestido con un traje verde y fumaba Gauloises verdes. Un día, cenando en un restaurante chino, le dije que mi retórica de referencia era aristotélica y él me respondió: «Ahí es donde no coincidimos, porque yo soy sofista; ya sé que la sofística no es de recibo, pero es muy eficaz a la hora de conseguir lo que tú quieres». «Yo trabajo sobre el uso de las palabras y los signos para mover a la gente para hacer cosas», me dijo.

Terminé la tesis. En la defensa no estuvo Gianfranco porque entonces no venían a esos actos profesores de otros países. Envié un texto, que leyó Alfonso Nieto durante la defensa y que ahora aparece como prólogo de la tesis publicada (*Poética del texto audiovisual*). Ahí dice, con gran nobleza, que aunque hay cosas en las que le contradigo al no seguir sus tesis semióticas, es probable que yo tuviera razón.

D.C. *¿Por qué decías antes que fue necesario saltarse la barrera del estructuralismo?*

J.J.G.N. Lo que venía a decir en la tesis es que la perspectiva poética del discurso narrativo, sea literario o cinematográfico, es la más adecuada para obtener no sólo el significado sino el sentido, es decir, para ver racionalmente no sólo de qué habla, hacia qué aspecto de la realidad humana apunta, sino qué dice o —mejor— qué saber y actitud vital ofrece ante esa realidad un texto narrativo y dramático.

Eso rompía en cierto modo una barrera: las cuestiones de poder y de ideología, típicas del estructuralismo, aunque tengan gran influencia en la narrativa, no son

decisivas. De lo contrario, tendrían razón un Lenin o un Stalin cuando dicen que el cine, para ellos, es el arte más importante porque permite horadar las mentes de los ciudadanos... Yo intentaba decir que eso se puede hacer, por supuesto, pero no responde a la naturaleza del arte o del texto concreto en cuestión. Y una de las primeras cosas que hay que respetar desde el punto de vista académico es la naturaleza propia del saber que se está manejando. No puedo medir la electricidad con un termómetro de mercurio. Tampoco puedo medir la bondad de una película o de una novela por el cambio ideológico o político de los lectores. Ése no es el cometido de la literatura, que más bien circula por territorios de la belleza, la bondad y el saber (o sus ausencias) acerca de las cosas profundas y menudas de la vida humana. Es algo en apariencia muy sencillo, pero hubo que pegar un salto por encima de un cúmulo de asuntos académicos vigentes que parecían intocables.

D.C. *¿Fue entonces cuando hiciste una «full immersion» en Filosofía?*

J.J.G.N. Fue un trabajo en buena parte solitario. Terminé tomando como referencia tres autores, tres filósofos interesados en cuestiones prácticas, en los que confiaba como amigo y a los que seguía en sus escritos y, cuando era posible, les escuchaba en seminarios y conversaba con ellos. Uno era Leonardo Polo, que estaba en Pamplona; otro, que pronto vino a Pamplona, era Alejandro Llano; y otro, que estaba en Alemania y años más tarde moriría en Pamplona, era Fernando Inciarte. Yo iba a algunas clases de Filosofía, a interesantísimos seminarios de profesores... Y se puede decir que acabé haciendo buena parte de los estudios de la carrera de Filosofía, aunque sin examinarme.

Pero no quiero dar una imagen aburrida de la vida académica, porque no lo es: ya en los primeros años como estudiante hicimos un cineclub con José Ángel Cortés en el que participaban gentes muy diversas, entre otros, por ejemplo, Miguel D'Ors. Las sesiones eran los domingos por la mañana en el cine Rex, de la calle Paulino Caballero, y solían venir muchos profesores de la Universidad. Por entonces yo era secretario de redacción de *Nuestro Tiempo*, que tenía las oficinas en el mismo edificio. Llegamos a un acuerdo con el señor Zozaya, el propietario del cine, para que nos dejara gratis la sala y el estreno de las películas, que eran poco comerciales, más bien de arte y ensayo. Nosotros, a cambio, le hacíamos algo de publicidad. También acudían el proyectista y el acomodador, un tal Eugenio, quien sería después —por muchos años— el querido bedel de la Facultad, en el tercer piso del Edificio Central.

D.C. *¿Todavía encuentras gente que, al hablarles de poética, piensan que te refieres a poesía? ¿Por qué nos interesa la poética a quienes nos dedicamos a la comunicación?*

J.J.G.N. La poética es, en definitiva, el arte de saber contar y saber escuchar o recibir historias, de representar y de ver, mediante personajes y situaciones reales o ficticios, nuestro propio crecer o decrecer como personas. Produce el placer de reconocer, en esas historias, algo que ya conocíamos de modo oscuro, indefinido

o borroso, porque las personas somos un misterio más bien insondable. Lo fascinante es que ese algo que barruntabas, de repente lo ves con claridad al enfrentarte con una historia y un drama. Ese algo está básicamente relacionado con la propia naturaleza de ser humano y lo que nosotros libremente podemos hacer o hacemos con esa nuestra naturaleza. Por ejemplo, ante la presencia de dos o más personajes en conflicto en un drama, no es difícil reconocer que —en el fondo— esos personajes son un reflejo de los conflictos que uno mismo tiene en su interior entre los diversos personajes que cada uno es y representa, en ámbitos familiares, profesionales, políticos, etc. Todos tenemos y desempeñamos personajes dentro de nosotros, y son personajes que nos buscan y reclaman como árbitros al modo de los personajes de Pirandello que buscan a su autor. Además, el conflicto dramático es el modo más fuerte y claro de dar razón del mal que hay en uno mismo y en la sociedad. Permite entender muy bien la dimensión social de la persona.

Todo esto tiene que aparecer de algún modo en los medios de comunicación, esta aventura de ir aprendiendo cada vez más y mejor quiénes somos... Y tiene que aparecer sin necesidad de recurrir a historias de pura imaginación, sin aparente relación con nuestra vida cotidiana: además de las historias y dramas que solemos llamar ficciones, sucede que también todo eso aparece a través del periodismo de investigación y de reportajes largos, que hoy se están recuperando gracias a medios digitales. Y a través de las historias de la publicidad y de la propaganda. Pero a contar todas esas historias se aprende leyendo y escribiendo sobre todo teatro y literatura. Por eso entiendo que la poética es una dimensión determinante para nuestras profesiones de comunicación.

D.C. *Hablando de contar historia, pienso que habría que hacer una referencia a la experiencia de Los Angeles.*

J.J.G.N. A principios de los ochenta se pensó, con Ángel Blasco, en poner en marcha un Máster en Cine y Televisión, centrado en guión, producción y desarrollo de historias. La idea era tener tres sedes: Madrid, Pamplona y Los Ángeles. Mientras que se maduraba ese proyecto, lo que sí se puso en marcha fue el Diploma en Guión y Producción Audiovisual (DPGA), que dábamos los viernes por la tarde y los sábados durante todo el día. De ahí surgió la idea de llevar un grupo de alumnos a Los Ángeles durante los veranos. Recuerdo que, en ocasiones, eran muy numerosos, de modo que al comienzo de algunas clases el profesor preguntaba: «A ver, ¿cuántos vienen de Pamplona?».

Se estudiaba en UCLA Extension, lo que permitía organizarse las materias conforme a los intereses y necesidades de cada uno: guión, producción, televisión, documentales, etc. Fue también una ocasión para ver las cosas de cerca, las lentejuelas (Tinseltown), y desmitificar un poco. Pero cuando ves las entretelas y hablas con la gente, te das cuenta de que hay personas interesantísimas, que es una ciudad donde los profesionales, incluidos los académicos, trabajan como mulos, mientras dan la sensación de vivir bien... Yo creo que es una de las ciudades en las que hay una media más alta de nivel intelectual. El mundo del entretenimiento necesita de unas cualidades humanas que no tienen, por ejemplo, los que hacen

los MBAs en Harvard. Una de las virtudes necesarias es la paciencia, cosa que no se aprende en los *business administration*: allí, sin embargo, la vida te enseña y la gente te ayuda a que aprendas a tener paciencia. Se suele decir que si no has conseguido vender algo (un guión, por ejemplo) después de trabajar unos diez años en eso, entonces puedes empezar a pensar que aquello no era lo tuyo y hacer otra cosa.

D.C. *Mientras tanto, el Departamento de Cultura y Comunicación Audiovisual era un hervidero también de tesis doctorales.*

J.J.G.N. El Departamento de Cultura y Comunicación Audiovisual, en efecto, pasó de tres a treinta y tantas personas en relativamente poco tiempo, y nuestra prioridad fueron las tesis. De ahí que personalmente haya dirigido hasta ahora unas treinta tesis. Además, la fórmula del DGPA funcionó y pasó de uno a dos años de duración. Esa experiencia nos fue muy útil, años después, para la puesta en marcha de la Licenciatura en Comunicación Audiovisual. Teníamos un buen rodaje, de modo que consiguió ser la mejor de España, pues estaba muy por encima de lo que se esperaba.

Años después hubo una reorganización de los departamentos: los que se dedicaban a informativos de radio y televisión pasaron al Departamento de Proyectos Periodísticos. Nos quedamos con menos de la mitad de gente. Al principio, la verdad, no nos entusiasmó, pero a la larga quedó muy bien porque se creó un núcleo más coherente, aunque menos interdisciplinar. Pienso que ha habido una constante en la Facultad durante todos estos años: la comprensión, la cooperación y la búsqueda del bien común, más que los reinos de taifas. Los que empezaron la Facultad eran gente muy buena en este sentido, y eso ha creado un estilo.

D.C. *Pero después volviste a Los Ángeles durante un tiempo.*

J.J.G.N. Esta vez fue para quedarme año y medio en UCLA, como *Visiting Scholar*, invitado por Richard Walter y Lew Hunter, que eran los *co-chairmen* y el alma del Máster de Guión. Cada año se renovaba un tercio de los treinta y dos alumnos que tenía el máster, que duraba tres años, seleccionados entre cerca de quinientos candidatos. Entre los criterios de selección figuraba la estabilidad mental y emotiva. Son dos cualidades que hacen falta también cuando se descubre que, a pesar del esfuerzo, tiempo y dinero invertidos en el empeño, uno no sirve exactamente para lo que imaginaba... Los participantes no pueden escribir más de dos guiones con el mismo profesor. Se pasa el Máster cuando escribes cuatro guiones con la calificación de A o A+. Teóricamente, el Máster se hace en dos años, pero han visto que lo mejor es que, en la práctica, dure tres. Allí llegas sabiendo hacer lo que se supone que, en teoría, vas a aprender. Lo que aprendes, en realidad, es a purificar tu estilo personal. Las clases se tenían un día a la semana, durante cuatro o cinco horas. Todos leen lo que los demás han escrito durante la semana y lo discuten. Participan tanto el profesor como el resto de los alumnos.

Cada profesor tenía su área de especialidad: caracterización de personajes, estructura dramática narrativa, diálogos... Todo el mundo habla del tema o de los temas de las historias, pero hay muy pocos que sepan realmente de eso. Yo me presenté como experto en temas... Y eso suponía estar con los alumnos del último año, leer lo que escribían, hablar mucho con cada uno de sus historias y personajes, y terminar viendo cuál es el territorio de la experiencia humana que exploran como mayor gusto. Recuerdo, por ejemplo, que encontré una chica que exploraba muy bien las cuestiones familiares, aunque las historias aparentemente no trataban de la familia. Tuve la suerte de entrar bien en el grupo. Me propusieron quedarme tres años más, pero preferí volver a Pamplona. Lo que aprendí allí se puede resumir en dos palabras: *working*, saber escribir, y *networking*, saber hablar de lo que has escrito, saber vender tu historia. Aprendes que el único respaldo que tienes es —en el mejor de los casos— el de la silla donde estás sentado. Todas las cartas están encima de la mesa.

D.C. *Damos un salto a la Ciudad Eterna.*

J.J.G.N. La aventura romana —que no supuso dejar Navarra, adonde he viajado regularmente durante estos años— fue posible porque en Pamplona tenía a dos personas que me ayudaban en las asignaturas y que podían sustituirme. Decidí dejarles espacio y colaborar en una facultad de características muy distintas, que estaba dando sus primeros pasos, y en la que he tenido ocasión de aprender lo que realmente supone una visión universal, o al menos transcultural, de las cosas al hablar con los estudiantes. Es realmente un reto explicar y hacerse entender, por ejemplo, cuando se habla de géneros narrativos y dramáticos y hay que tratar del pícaro y de la picaresca, y resulta que quienes tienes delante provienen de China, Costa de Marfil, Nigeria, India, Estados Unidos, Brasil, Ecuador, Ucrania y Polonia, además de Italia, por ejemplo... Aunque los términos sean casi idénticos en todos los idiomas, lo que significan no termina de estar claro, pues para empezar hay que saber en qué medida, con el pícaro, se trata de un ladino o de un malicioso. En esto es donde lo adictos a Wikipedia fracasan. El diálogo en las aulas de la Facultad de la Santa Croce siempre ha sido muy enriquecedor para todos los participantes a la hora de aterrizar en la realidad ideas y nociones que incluso podían parecer obvias o banales.

D.C. *Si tuvieras que empezar hoy una facultad de comunicación...*

J.J.G.N. ...no sabría qué hacer. Pienso que se parecería más a una escuela socrática de discusión libre y racional de asuntos de la vida pública, con las correspondientes teorías y técnicas añadidas, pero con una finalidad clara: dar a la gente, hacer crecer en cada uno saberes para que puedan tomar libremente decisiones, y no decirles sin más lo que tienen que hacer, como está pasando en buena parte de los medios profesionales y académicos.

Entiendo que una buena facultad no puede limitarse a preparar gentes para trabajar en un estado de cosas profesional dado. Es decir, dado, pero casi exclusi-

vamente por razones industriales y de poder que no se discuten y se acatan como si fueran inamovibles o fueran otros quienes tuvieran que ocuparse de cambiarlas para mejor. Pienso que una buena facultad se preocupa y ocupa por hacer que las profesiones de comunicación cambien a mejor en cuanto tales, no sólo se debería ocupar de la eficiencia en la preparación de los futuros profesionales según estén las cosas en un momento dado. Por eso, entiendo que un planteamiento de tipo «científico» se queda corto cuando se habla de saber acerca de la comunicación, en la medida en que —como bien dice Robert Spaemann, otro de los pensadores a quien sigo— quienes practican las ciencias se limitan a acordar provisionalmente qué se toma como indiscutible, mientras que los filósofos razonan y discuten acerca de los mismos fundamentos de su saber.

Por eso —si tuviera que empezar hoy una facultad de comunicación— insistiría mucho en plantear las cosas desde una perspectiva filosófica, no tanto teórica cuanto práctica, antes de entrar en cuestiones técnicas o de las llamadas «ciencias sociales». Entiendo que sobre todo hay que razonar (y no necesariamente según el «método del caso») en torno a cuestiones prácticas de ética y política, de estética, poética y retórica, que son siempre cuestiones racionales arriesgadas. Porque ahí aparece la persona y su libertad y capacidad de hacer justicia a su propia naturaleza, como algo sobre lo que uno puede actuar libremente y que es algo que está como por debajo, sujetando o fundamentando (como el 90% que no se ve de un iceberg) al personaje profesional que públicamente desempeñemos en cada caso.

Hay que ir al alumno y decirle: «A mí lo que me interesa es que aprendas a actuar en conciencia, que tengas la suficiente personalidad para hacer lo que te dé la gana. Estoy aquí para promocionar tu libertad. Pero ten en cuenta el bien común y no solamente vayas a lo tuyo». Está demostrado —en general y en las profesiones de comunicación— que hay más alegría en dar que en recibir. Vamos a ver si nos preparamos para ser donadores de saber desinteresado. Eso supone un planteamiento menos utilitarista, «tecnicista», menos legalista y más político, en el sentido de recuperar la vieja noción de política de hacer amable la vida pública, el vivir y crecer juntos en sociedad.

Hoy, cuando hablas de la conciencia, enseguida alguien piensa que le quieres lavar el cerebro... O la entienden al modo político de las «votaciones en conciencia», que a lo mejor se mezcla y confunde con el subjetivismo y el relativismo. Ayudar a la gente a tener conciencia es muy distinto de ayudar a la gente a tener éxito. Si la gente trabaja en conciencia, lo más probable es que —de entrada— no tenga éxito, pero que haga mucho por el bien común. Hay que elegir.

El futuro, creo yo, tiene que ver con una comunicación que mire por el bien de todas las personas, por el bien común. Sin los maniqueísmos de buenos y malos, a los que nos han acostumbrado la prensa, la publicidad, la propaganda y la ficción, porque te das cuenta de que el mal está dentro de cada uno de nosotros. Incluyendo desde luego las múltiples opciones y opiniones racionales y respetables de cada cual, en especial en los territorios de la política, que son en los que se supone que se debaten las perspectivas que pretenden el bien común.

D.C. *¿Qué materia incluirías en los planes de estudio de comunicación?*

J.J.G.N. Como premisa, me parece que en las facultades de comunicación hay demasiadas clases en las que habla uno y los demás escuchan. Los alumnos no tienen tiempo de leer, ni de pensar, ni de razonar en grupo y en público, de tomar decisiones. Si se supone que, en cierto modo, la enseñanza de la comunicación —que no es sólo una profesión técnica sino un saber práctico— tiene que ver con la conciencia, ¿cuándo formo mi propia conciencia? Es necesario hacer crecer la conciencia. Y eso se consigue, por ejemplo, cuando se lee un libro clásico y hay que explicarlo, y para eso no sirve lo que se puede copiar de internet...

Volviendo a la pregunta, pienso que sería muy bueno que en los planes de estudio hubiera una materia que tratara de las «patologías de la comunicación», porque la comunicación no es en principio, de suyo, buena. Lo mismo le ocurre a la salud, la justicia... La comunicación tiene muchas patologías, no sólo tiene personas patológicas sino modos de hacer y perspectivas de funcionamiento que son patológicas, y por lo tanto dejan de ser, con propiedad, profesionales. Pero las patologías se identifican cuando se sabe para qué sirve la comunicación.

D.C. *Sería un buen modo de terminar: ¿qué es y para qué sirve la comunicación?*

J.J.G.N. Las personas hemos sido definidas como animales racionales o animales políticos o como animales que cuentan historias. Si hablamos de comunicación pública no podemos de entrada perder de vista esa racionalidad, ni el ámbito político, ni tampoco esas historias que nos caracterizan. Además, hay que subrayar que la comunicación es el modo natural de poner en práctica el rasgo relacional de donación que caracteriza a las personas como seres sociales.

Si vemos la comunicación pública en términos de relaciones personales, que es de donde a fin de cuentas derivan las perspectivas profesionales, entonces hay que saber que, de entrada, está en juego «dar de lo que se tiene», en nuestro caso determinados saberes acerca de la realidad. Esa liberalidad está muy bien, precisamente en un mundo tan lleno de necesidades y, sobre todo, de semejantes muy necesitados de saber para poder vivir y actuar con libertad.

La liberalidad es el punto de partida necesario en la comunicación pública, pero me parece que la cuestión decisiva se plantea, sobre todo, cuando se busca el punto clave y se cae en la cuenta de que las buenas relaciones entre personas implican, además del dar de lo que se tiene, «dar de sí» por parte de cada uno en vista de los demás. A veces se habla con naturalidad de «entrega», por ejemplo en el mundo de la asistencia social y en el deportivo, y a veces lo mencionamos en algunos ámbitos profesionales sin ser del todo conscientes de lo que significa. También hay algo de esto en la comunicación pública, cuando se quiere ir más allá del posible anonimato que a veces había y hay en la llamada «comunicación social» y la «comunicación de masas».

La mejor comunicación pública viene siempre de la mano de una actitud personal e institucional de amistad genuina respecto de los demás. La comunicación pública es un modo de «dar de sí» en términos de amistad social, un esfuerzo de

comprensión por compartir lo que interesa y conviene a los demás, a todos. Un saber, antes y más que un poder, acerca de la realidad de que se trata en concreto, que suele incluir una referencia a la vida buena en general. Tratar así a la realidad y a los demás en principio trae consigo la veracidad, la búsqueda de la verdad, más allá de la mera sinceridad, porque eso corresponde mejor a la dignidad humana de unos y otros.

¿Qué para qué sirve la comunicación? No sabría decirlo en cada caso concreto y en cada género o profesión específica, pero desde luego —en términos generales— practicar una buena comunicación pública plantea una disyuntiva bastante clara: o bien «sirve» para ser, para crecer o procurar ser libremente mejores ciudadanos y personas todos los implicados en la comunicación, o «sirve» para que algunos intenten manejar a otros según las propias conveniencias, forzando la libertad de los demás, cosa nada recomendable. No hay mucho término medio cuando se habla de la comunicación pública en términos de «servir» para algo.

Quizá es que —a fin de cuentas— mejor estarían las cosas si se rebajara el nivel instrumental y utilitario que ahora suele adjudicárseles, y aumentara el carácter de donación personal gratuita de la comunicación en todas sus variantes profesionales. Eso sí, retribuida y públicamente valorada y reconocida según el alto precio que —en principio— corresponde al enorme volumen y tamaño del esfuerzo que supone y del servicio que presta.

Dicho así, sin hacer un aterrizaje más concreto de estas ideas, me doy cuenta de que lo dicho puede parecer denso y también que alguien puede pensar que se trata de algo un tanto idealista, que no hace pie en la realidad histórica en que vivimos. Estoy de acuerdo, sin más matices y si nos atenemos sólo a lo que hoy ofrece el panorama profesional. Pero me parece que todo momento, también este mismo, desde luego, encierra una promesa y una aventura de futuro, que puede tener largo y profundo alcance en el cambio del presente estado de cosas académico y profesional. Me parece que esa promesa y esa aventura de futuro sólo salta a la vista de gentes generosas, esforzadas y tenaces que no se contentan sin más con integrarse en los mundos profesionales que hoy nos rodean. En cierto modo parecen, desde un punto de vista estrictamente profesional, como *res nullius*, cosas sin dueño, porque —por desgracia, y desde un punto de vista industrial— responden básicamente a intereses ideológicos y económicos que no siempre están a la altura y al servicio de las exigencias de las profesiones de comunicación en el espacio público de nuestras sociedades.

Estoy convencido de que nuestro futuro está en manos del inconformismo de comunicadores genuinos, que se respetan a sí mismos y respetan a los demás conciudadanos como personas, y que, desde luego, respetan los saberes propios que administran con nuestras profesiones de comunicación. No por casualidad se dice que la nuestra es una sociedad del conocimiento.